

‘El inminente colapso es más difícil de entender que la muerte’

‘Podemos salvar el mundo antes de cenar’, proclama Jonathan Safran Foer. ‘Se acerca el apocalipsis climático y no podemos evitarlo’, dice Jonathan Franzen. (Sobre)viviremos en ‘El planeta inhóspito’, avisa David Wallace-Wells

POR DARIÓ PRIETO
OBJETO
LUIS PAREJO
FOTOGRAFÍA
J.M. PRESAS

EN SA YO En 2009 Jonathan Safran Foer publicó *Comer animales*. El libro le había costado tres años de investigación y luego pasó los dos siguientes dando conferencias y entrevistas sobre la tesis principal: que no hay que comer carne de la ganadería intensiva. También dio origen a un documental, narrado por el propio escritor y por la actriz Natalie Portman. Luego Safran Foer se divorció de la escritora Nicole Krauss y, durante los años siguientes, comió carne unas cuantas ve-

ces. «Por lo general, hamburguesas. A menudo en aeropuertos. O dicho de otro modo, carne que procedía justamente de los tipos de granjas contra los que me pronuncié». La historia, confesada por el propio autor, es una más de la maraña de contradicciones y callejones sin salida en que se ha convertido el debate sobre la llamada «emergencia climática». Porque si la crisis ecológica nos preocupa es también por la crisis narrativa (el «relato», otra vez) de quien tendría que contarla. No sabemos si nos encontramos ante un apocalipsis ya inevitable o si estamos a tiempo de salvar los muebles. No tenemos experiencia en situaciones así y no parece que seamos capaces de arreglarlo, llegado el caso. De ahí el empeño de escritores como Safran Foer, Jonathan Franzen, Paul Kingsnorth y Annie Dillard en, al menos, contarlos.

APOCALIPSIS ¿NOW? El pasado mes de marzo Íñigo Errejón presentó su *Plan V* dentro de su candidatura a la presidencia de la Comunidad de Madrid. Un *Green new deal*, a imagen y semejanza de Alexandria Ocasio-Cortez, pero adaptado a la realidad española. El plan, sobre el cual el propio Errejón planteó sus dudas, adolece de un problema del que alerta Ramón del Castillo, autor de *El jardín de los delirios* (Turner): no es compatible la revuelta emocional que se pretende para concienciar a la gente con la inminencia del punto de no retorno que se anuncia. «Si es una cuestión de emergencia, no es emocional, sino política», sostiene. «Habría que tomar medidas impopulares, taxativas, que la población no quiere aceptar. Y no tenemos tiempo para la educación sentimental». De ahí su escepticismo: «Si no controlamos los asuntos más básicos, cómo vamos a hacer un régimen político verde».

Es más, hay quien defiende que no se debe hablar del apocalipsis, incluso aunque pensemos que ya no hay vuelta atrás. Sobre las consideraciones morales de ello habla Jonathan Franzen en un artículo publicado hace unos días en *The New Yorker* y titulado *¿Qué tal si dejamos de fingir?* y subtítulo del siguiente modo: Se acerca el apocalipsis climático. Para estar preparados, tenemos que admitir que no podemos evitarlo. El autor pinta un escenario que probablemente contemplarán los menores

de 60, y «con total seguridad» los que no han cumplido 30: «Malas cosechas generalizadas, fuegos apocalípticos, economías destruidas, inundaciones épicas, cientos de millones de refugiados abandonando regiones que se vuelven inhabitables por el calor extremo o la sequía permanente...». No vale la pena plantearse cómo sortearlo, es inevitable, asegura Franzen. Pero sí que podemos revisar nuestra idea de esperanza, frente a la negación y parálisis que nos provoca. Una negación que, según él, tiene todo el sentido: «A pesar del hecho indignante de que pronto estará muerto para siempre, vivo en el presente, no en el futuro», argumenta. «Dada la opción entre una abstracción alarmante (muerte) y la evidencia tranquilizadora de mis sentidos (desayuno), mi mente prefiere centrarse en lo último».

Porque tenemos la percepción de que nuestro planeta «también está maravillosamente intacto, sigue siendo básicamente normal: estaciones que cambian, otro año de elecciones, nuevas comedias en Netflix... Y su inminente colapso es aún más difícil de entender que la muerte». Otros tipos de apocalipsis, ya sean religiosos, termonucleares o con forma de asteroide, «al menos tienen la pulcritudina binaria de morir: en un momento el mundo está allí, al siguiente se ha ido para siempre». El apocalipsis climático, por el contrario, «es desordenado». Tomará la forma de «crisis cada vez más severas que se agravarán de manera caótica hasta que la civilización comience a desmoronarse. Las cosas se pondrán muy mal, pero tal vez no demasiado pronto, y tal vez no para todos. Quizás no para mí».

POLÍTICA FICCIÓN Es igualmente interesante ver los efectos políticos que tiene este escenario. Incluso ha aparecido un marxismo colapsista que ve en la posibilidad de hecatombe ecológica una oportunidad de asistir al capitalismo devorándose a sí mismo. Para esta corriente, los ecosocialistas son unos *comeflores* y unos inmorales en cuanto reformistas, con su eterna promesa de ir arreglando lo que está mal. La ecología sería así una preparación al colapso y al mundo *Mad Max* que le seguiría. También se ha llegado a plantear el surgimiento de regímenes ecofascistas como única posibilidad de llevar a término las políticas impopu-

lares que requieren salvar el mundo. El filósofo político Manuel Arias Maldonado ha rechazado ese extremo en una tribuna en EL MUNDO, en la que subrayaba que «la emergencia climática es como la célebre apuesta de Pascal sobre la existencia de Dios: si lo apostamos todo a que no existe y se hace realidad, todo lo perdemos». Así que «más nos vale contratar un seguro con el que hacer frente a un riesgo de tal magnitud potencial que ni los alarmistas más recalcitrantes son capaces de desacreditar».

LO INEVITABLE En su artículo, Franzen afirma que, aunque ya no podamos salvarnos, sí que podemos pelear por reforzar los cimientos de nuestras democracias para que el salvajismo lo tenga difícil si todo se desmorona. El periodista David Wallace-Wells también piensa en un final fatal, y no se anda con paños calientes en el arranque de su libro *El planeta inhóspito* (Debate): «Es peor, mucho peor de lo que imaginas. La lentitud del cambio climático es un cuento de hadas tan pernicioso quizá como el que afirma que no se está produciendo en absoluto, que nos llega agrupado con otros en una antología de patrañas tranquilizadoras». Criticado como una exposición sin los rigores del método científico, *El planeta inhóspito* tiene al menos el mérito de poner delante de nuestras narices lo que no queremos leer: «Si se alcanzasen los cuatro grados de calentamiento, una cifra que está en el extremo inferior del rango que se sigue de nuestra senda actual de emisiones, la producción económica se reduciría como mínimo un 30%, una depresión al menos el doble de profunda que las privaciones que marcaron a nuestros abuelos en la década de 1930, y que contribuyeron a propiciar una ola de fascismo, autoritarismo y genocidio».

PROMESAS DE SALVACIÓN Jonathan Safran Foer considera que todavía no hemos llegado al punto crítico de cambio climático «desbocado» y que, por tanto, es posible esquivar el desastre. Su último libro se llama *Podemos salvar el mundo antes de cenar* (Seix Barral) y en él, además de confesar sus deslices con las hamburguesas, defiende que somos más que capaces de superar estas adversidades, pero hay que sacrificarse. El escritor pone

como ejemplo el esfuerzo de guerra que tuvo lugar en Estados Unidos durante la II Guerra Mundial. Así, por la noche, los ciudadanos de la Costa Este apagaban las luces para evitar que los submarinos alemanes pudiesen ubicar las poblaciones costeras y los puertos. Una práctica que luego se extendió por todo el país, en solidaridad. También se redujo el consumo de alimentos de origen animal en favor del sustento de las tropas y se favoreció el uso colectivo de los automóviles para ahorrar gasolina y caucho: había anuncios que decían: «Cuando conduces SOLO, conduces con Hitler».

De manera análoga, Safran Foer cree que si nos coordinamos de igual manera, podremos salvarnos. Y aunque es consciente del efecto de la quema de combustibles fósiles o de la producción industrial, prefiere centrarse en nuestra dieta, dado que la industria alimentaria es una de las principales emisoras de gases de efecto invernadero. De ahí que su propuesta sea no comer ningún producto animal hasta la cena. «El cambio climático es la mayor crisis a la que la humanidad se ha tenido que enfrentar, y es una crisis que simultáneamente nos señala a todos y encaramos por separado», apunta en el libro.

«No podemos seguir comiendo las comidas que conocemos y al mismo tiempo conservar el planeta que conocemos. O nos deshacemos de ciertos hábitos alimenticios o nos deshacemos del planeta. Es así de directo, así de complejo. ¿Dónde estabas tú cuando tomaste tu decisión?». Habla de «una casa en llamas» que, tautología, «cuanto más tardemos en ocuparnos de ella, más difícil será ocuparnos de ella». Por eso, recurre a la etimología para incidir en los problemas para narrar todo esto. Como recuerda, «crisis» deriva del griego *krisis*, que significa «decisión».

La medioambiental, «aunque se trate de una experiencia universal, no se percibe como un suceso del que formamos parte. Ni siquiera se percibe como un suceso». Y pese a lo traumáticos que puedan resultar un huracán, un incendio, una hambruna o una extinción, «se antoja improbable que un fenómeno relacionado con el clima le inspire a nadie una pregunta como ‘¿dónde estabas cuando...?’; quizá ni siquiera a aquellos que lo viven. No es más que clima. Es medio ambiente y nada más».

NI BUENOS NI MALOS Tal vez no sea tan complicado. Tal vez sólo haya que afrontarlo como Annie Dillard en su colección de ensayos *Enseñarle a hablar a una piedra* (Errata naturae): «El silencio de la naturaleza es su único comentario, y cada escama del mundo es una astilla de ese palo mudo e inmutable. Los chinos dicen que vivimos en el mundo de las diez mil cosas. Lo que cada una de esas diez mil cosas nos grita es, precisamente, la nada».

Tal vez no hace falta caer en el nihilismo ni en el escapismo. Sólo recuperar el sentido crítico. Paul Kingsnorth le da la vuelta al tablero del debate en *Confesiones de un ecologista en rehabilitación* (también en Errata naturae). Le habla a los ecologistas y también a ese ecologista que todos llevamos dentro, aunque ni pensemos en él. «Sospecho que ya has oído la misma retahíla antes y que, como los demás, ni sabes qué hacer al respecto ni si hay algo que, en realidad, se pueda hacer», dice de los problemas del «relato». «Los mundos siempre se están acabando, los imperios siempre están derrumbándose, no es la primera vez que el clima cambia; el cambio es, al fin y al cabo, la única constante».

Kingsnorth es muy crítico con el movimiento ecologista porque lo conoce desde dentro. Por eso cuestiona esas palabras que usamos y que «nos permiten fingir aún que la vida que llevamos es recta y normal, que es inevitable y continuará indefinidamente tal y como la conocemos. Que encontraremos la manera de solventar todos los problemas gracias a la juiciosa aplicación de la afamada inteligencia humana». Pero Kingsnorth se pregunta «si hay alguien que aún se crea tal cosa, que lo crea en las entrañas».

En conversación con *La Esfera de Papel*, el autor censura la retórica de mediados del siglo pasado que todavía sigue usándose en el ecologismo: rebelión, protesta, manifestación... «Se ha demostrado que ese discurso no funciona». Ya no hay, enfatiza, «víctimas ni héroes», ya no es «la gente contra el poder». Porque sí, «queremos que la situación cambie, pero no queremos cambiar nuestro estilo de vida. Queremos iPhones, frigoríficos, automóviles, coque un avión cuando nos apetezca. Pero en vez de admitir que es nuestra responsabilidad, preferimos culpar a otro».

CUATRO 'CLÁSICOS' DEL ECOLOGISMO...

EL NACIMIENTO DE LA CONCIENCIA ECOLÓGICA ANTES DE LA PREOCUPACIÓN POR EL MEDIO AMBIENTE. LA LITERATURA COMO RECONEXIÓN

HIPERIÓN FRIEDRICH HÖLDERLIN Hiperión

Los románticos alemanes volvieron sus ojos a la Naturaleza para recuperar la conexión perdida, desechando las miradas utilitaristas o de explotación. Un anhelo de belleza que marcaría la literatura posterior.

WALDEN HENRY DAVID THOREAU Errata Naturae

La felicidad es la única riqueza del ser humano. A partir de ese axioma, Thoreau abrió un nuevo camino en la forma de contar nuestra vida, un equilibrio entre la defensa de la Naturaleza y la exaltación de nuestro yo individual.

MI FAMILIA Y OTROS ANIMALES GERALD DURRELL Alianza Editorial

Ahora que se critica el *mascotismo* como forma de proyección de carencias afectivas, no está de más recuperar la mirada tierna de Durrell hacia los animales.

PRIMAVERA SILENCIOSA RACHEL CARSON Booket

Quienes dicen que no se puede cambiar el mundo con un libro es que no conocen el libro de Rachel Carson, cuya publicación a comienzos de los 60 provocó la prohibición del insecticida DDT en los cultivos estadounidenses.

...Y CUATRO TÍTULOS DE AHORA

APOCALÍPTICOS E INTEGRADOS PARA HABLAR DE LA EMERGENCIA CLIMÁTICA Y EL FUTURO DE LA HUMANIDAD

PODEMOS SALVAR AL MUNDO ANTES DE CENAR JONATHAN SAFRAN FOER Seix Barral

El autor de *Todo está iluminado* ofrece su solución al cambio climático: que no comamos carne ni ningún alimento de origen animal en las primeras comidas del día.

EL PLANETA INHÓSPITO DAVID WALLACE-WELLS Debate

No hay nada que hacer, estamos condenados, el cambio climático va a acabar con nosotros, responde Wallace-Wells a Safran Foer. Sólo nos queda prepararnos para lo inevitable.

CONFESIONES DE UN ECOLOGISTA... PAUL KINGS-NORTH Errata Naturae

Una crítica desde dentro a la retórica obsoleta del ecologismo y a su incapacidad para crear una narrativa aceptable.

ENSEÑARLE A HABLAR A UNA PIEDRA ANNIE DILLARD Errata Naturae

Frente al debate sobre la naturaleza que habla de ésta desde una distancia galáctica, esta colección de textos breves se centra en recordarnos la belleza que nos rodea y en enseñarnos a amarla.

